

Gabriel Astey, *Nacer desde el sueño. Fenomenología del onirismo en el pensamiento de María Zambrano*, 2017, Londres, Peter Lang, 156 pp.

RECEPCIÓN: 22 de diciembre de 2017.

APROBACIÓN: 02 de abril de 2018.

En este libro de título maravilloso (*Nacer desde el sueño*, ¡quién no lo querría para un libro propio!), al lector le sale al encuentro un estudio preciso, metuculo-oso y atrevido sobre la filósofa española por excelencia: María Zambrano (Vélez-Málaga, 1904-Madrid, 1991). Escribir una reseña me incomoda: Gabriel es un amigo. Me desembarazo de tan delicada incomodidad con un par de apuntes (el libro cumple con los más altos estándares de la investigación filosófica y la prestigiosa Peter Lang acierta comenzando su nueva colección, *Exiles and Transterrados*, con esta obra) y me adentro, sin más, en el bosque tapi- zado de voces en busca de esos claros que se confunden con oasis y que, una y otra vez, me llevan de vuelta a la guarida de Heráclito y al lema de su puerta: “muerte es cuanto vemos despiertos, y cuanto vemos durmiendo es sueño”. Desbrozo el texto de las voces y voces que se entremezclan con las de Zambrano y Astey (Freud, Husserl, Agustín, Ricoeur, Heidegger...), y con el machete del resumen en mano, simplifico, pervierto el mensaje original porque, no obstante, apropiármelo es la mejor forma que se me ocurre de honrarlo. Hay tres formas de experimentar el tiempo: la duración (la modalidad del tiempo que vivimos mientras dormimos), la sucesión (la que vivimos mientras permanecemos en vela) y la atemporalidad (la que vivimos mientras soñamos) (p. 13).

Astey hace dialogar a Zambrano con Freud (al que explica claramente), y en tal exposición se observan influencias y diferencias de las que a veces la propia filósofa no se percata (p. 37), por suerte, porque ese arrojo interpretativo es el que probablemente le permite superar el pesimismo constitutivo del pensamiento freudiano, a saber, la omnipotente premisa de la represión y su encarnación en la figura del represor (no puedo creer que la perfección de nuestra mente tenga como función principal reprimir...).

En Zambrano (esto es fundamental), hay una anterioridad del sueño sobre la vigilia: “el yo emerge de la psique” (p. 47), del mismo modo que la luz se arranca de las tinieblas, la razón, del mito, y la lógica, del misterio...<sup>1</sup> (aquella explicación neoplatónica según la cual la oscuridad es el lugar que no alcanza la fogata divina con su resplandor no contradice esta tesis). Por ello, dice Zambrano, “cuando el yo desciende hace que *lo otro* ascienda; cuando duerme hace que *lo otro* se despierte” (p. 47, p. 59). Astey aclara: “la actividad del yo puede definirse como ‘pensamiento’, en el sentido de atención mental a estímulos (o vivencias) dados en el transcurso de la vigilia [...] la autora concibe el trabajo de la conciencia como un ‘análisis espontáneo’ del flujo perceptivo, según el cual el yo segmenta el continuo temporal y separa las vivencias en privilegiadas y segmentadas” (p. 47). Es decir, que de algún modo el yo crea el tiempo (p. 56). Por el contrario, como Freud apunta, en *el otro lado* sucede algo diferente, a saber, que los procesos del sistema inconsciente se hallan fuera del tiempo. En palabras del padre del psicoanálisis, “no sufren modificación ninguna por el transcurso del tiempo y carecen de toda relación con él” (p. 47).

De aquí rescato una idea fundamental para todo escritor: para que se oigan las voces de nuestros personajes, la nuestra ha de enmudecer. Pero hay otra consecuencia mucho más alta que me asalta en los escasos silencios de la posmodernidad: “para oír a Dios, cállate”. El núcleo del asunto es claro: “la convergencia del sueño y la vigilia en el vértice del soñar” (p. 51). Del mismo modo que en la exitosa serie de televisión *Game of Thrones* el Muro separa el mundo de los vivos y el de los muertos, en Freud el preconsciente funge como barrera de contacto, como membrana que une y separa la tranquilizadora conciencia del ignoto inconsciente. Una tonada suena. La archiconocida *The Wall*: “We don’t need no education. We don’t need no thought control. No dark sarcasm in the classroom. Teachers leave them kids alone. Hey! Teachers! Leave them kids alone! All in all it’s just another brick in the wall”. No queremos más ladrillos en el muro, canta Pink Floyd, no queremos que crezca la pared que separa nuestra limpia y controlada conciencia del profundo, oscuro e incommensurable océano de lo desconocido. Queremos derribarla.

Pero, ¿qué hay al otro lado del muro? Al otro lado del muro, fuera del tiempo, permanece el paleolítico y su eterna amenaza: la de regresar. De algún modo, la vigilia es el mundo de los entes, de las cosas, de “aquello que es”,

<sup>1</sup> Para un desarrollo de esta idea, véase Gilbert Durand, *Las estructuras antropológicas del imaginario. Introducción a la arquetipología fundamental*, 2004, México, Fondo de Cultura Económica.

de lo visible, de lo que en primer término nos damos siempre cuenta. El dormir es, por el contrario, el No-Ser, el mundo de la muerte, del dios Hades sin forma, algo que difícilmente podemos imaginar, puesto que es “lo que no tiene figura alguna y sin embargo sostiene toda figura”. El soñar, entonces, es la unión de esos dos aspectos, el mundo del Ser, de las ideas, del “en qué consiste que las cosas sean”, donde emergen las figuras verdaderas que, como en el mito de la caverna, nos obligan a despertar:<sup>2</sup> soñamos para deshacernos de la conciencia (p. 57); soñamos para que “la verdad venga a nuestro encuentro” (p. 60).

El muro separa y, sin embargo, une. Para alcanzar el mundo prehistórico de los sueños sin los cuales es imposible despertar, el sistema de esclusas debe marchar: es decir, del buen funcionamiento del muro, del preconsciente, depende la “digestión psíquica” (p. 54). Del soñar, que consiste en “desprenderse de lo que está pasando en la psique, [de] quedar la psique abandonada del sujeto” (p. 55) depende nuestro vivir. Es tentador reivindicar aquí el símbolo como forma excelsa de conocimiento, pues él, como el signo, aparece en la vigilia, pero, a diferencia del signo, apunta siempre hacia el soñar; es decir, funge como engranaje en la membrana que une los dos mundos y, en consecuencia, como elemento esencial para combatir la psicosis.<sup>3</sup>

Tanto Freud como Zambrano distinguen entre dos tipos de sueños, los del ello y los del yo (Freud), y los de la psique y los de la persona (Zambrano) (pp. 59-60). En mi violenta apropiación de lo ajeno (insisto, esta reseña es un dejarse ir poético, pues resulta imposible resumir la erudición que el profesor Astey condensa en su texto), pienso en la célebre distinción acuñada en el canto XIX de la *Odissea* y retomada por Virgilio y Borges siglos y milenios después: los sueños falsos que nos llegan por las puertas del bruñido marfil, los sueños oraculares que nos llegan por las puertas del pulimentado cuerno.

Si “dormir es regresar” (p. 57) (regresar a un estado prenatal y casi paradisiaco) y estar en vigilia es hilar el tiempo desde el yo, “el trabajo de la forma-sueño” consiste en “una sutura del atemporal con el sucesivo (en el paso del sueño a la vigilia); la combinación de las inserciones y las suturas produce una trama vital legible para el propio sujeto, un “argumento” (en palabras de Zambrano) de la propia vida” (p. 61). Nunca dejan de asombrarme las etimologías maravillosas. Reviven las palabras y la invisible sangre que, con ellas,

<sup>2</sup> Para ver esta distinción entre el Ser, los entes y el No-Ser, *cf.*, por ejemplo, Felipe Martínez Marzoa, *Historia de la filosofía*, v. I, 2000, Madrid, Istmo.

<sup>3</sup> Durand es claro al respecto: el símbolo es la herramienta que tiene el ser humano para convivir con sus miedos.

nos enlaza a nuestros antepasados. Suturar con el relato —dice el profesor Astey—, unir la atemporalidad supraterrrenal y el devenir diario con trama y argumento. Compárese con lo que dijo ese sabio francés que respondió al nombre de Guénon durante la primera parte de su vida: “En sánscrito *sûtra* significa propiamente ‘hilo’: un libro puede estar formado por un conjunto de *sûtras*, como una tela está formada por un conjunto de hilos [...] esta palabra es idéntica a la latina *sutura*; la misma raíz, con el sentido de ‘coser’, se encuentra por igual en las dos lenguas”.<sup>4</sup> Así, Zambrano converge en sus conclusiones sobre lo onírico como relato religioso que sutura (relato que “re-liga”), con el budismo y sus cantos que guían hacia la iluminación (los *sutras*) y que tienen como función conciliar el mundo diurno de lo ilusorio con el mundo oscuramente brillante de la verdad unitaria y sin forma. Si, como sugiere Astey, vivir es sobrepasarse a uno mismo (p. 65) (y por tanto a todas nuestras vanas ilusiones), vivir es amar la totalidad, ya que “ninguna vida deja de estar albergada por la Vida” (p. 67).

Se trata de soñar “para vivir genuinamente, pero esa legitimidad se alcanza soñando la muerte” (p. 67). Es decir, en el sueño significativo, como en los ritos de iniciación, morimos para renacer, y allí, en ese sueño y en ese rito que son muerte, de la mano de San Agustín hallamos el umbral entre el tiempo y la eternidad (así es como define el santo la muerte) (p. 68). Joseph Campbell decía que, en el ciclo heroico, el héroe debe reencontrarse consigo mismo (reunir su desperdigada historia) para poder regresar del mundo extraordinario en el que ha crecido al mundo ordinario que abandonó como niño, huérfano o príncipe y al que regresa finalmente como rey.<sup>5</sup> Si el mundo onírico es el de lo extraordinario, entiéndanse las siguientes palabras a la luz de lo antedicho: “El sujeto ejemplar agustiniano recoge la dispersión de su vida mundana en la expectativa de la eternidad transmundana; aspira al presente fijo, eterno, y se pone en tensión hacia el porvenir” (p. 69). Esa es la utilidad de, en palabras de Heidegger, “precurzar el propio fin” (p. 72): sabernos mortales para vivir como inmortales.

Dice Astey: “Zambrano piensa que el tiempo de la vida solo adquiere sentido si se lo vive como una historia” (p. 77). Y sin embargo, insiste, deben emerger historias secundarias, de *otros*, para que emerja la propia historia, la *mía* (p. 79). Todavía más: si la vida solo tiene sentido como relato, habrá

<sup>4</sup> René Guénon, *El simbolismo de la cruz*, 2003, Palma de Mallorca, José de Olañeta, capítulo XIV.

<sup>5</sup> Joseph Campbell, *El héroe de las mil caras, psicoanálisis del mito*, 1959, México, Fondo de Cultura Económica.

que encontrar en el relato la necesidad de nuestra existencia, es decir, hacer de nuestra historia “la” historia: nuestra misión consiste en mitificar la propia vida. Sin embargo, la filósofa, como Ricoeur, considera que el conocimiento de sí se produce no en la abstracción del pienso luego existo, sino en el recorrido simbólico de la conciencia por el camino de la experiencia, lo que quizás quiere decir que el conocimiento se adquiere mediante el ritmo de la vida, el tempo, la vivencia en tanto “cómo”, y no en tanto “qué”. Contar una historia depende, sobre todo, del ritmo que le imprimamos y, de entre todas las historias que podemos contar, una sobresale especialmente: la historia de nuestra vida, que es la historia de la Vida. Zambrano, así, invita a la tranquilidad de espíritu, a la meditación, al sosiego, al abandono, a la superación de todo trauma personal o estrés postraumático, pues todo lo personal se torna anecdótico ante los ojos del abismo eterno.

“La sangre es territorio, pero no reino” —dice Astey (p. 110)—, y por ello el cuerpo es ingobernable y nadie puede detener la lucha de los sueños prehistóricos, que reviven y resucitan, que luchan por vivir (p. 81): “el cuerpo es lo más ‘mío’, pero es tan ‘mío’ que no acaba de tener dueño” (p. 81). El pasaje, sin duda, nos remite al pensamiento órfico, a la concepción del cuerpo como prisión del alma, a la intuición del alma personal como fragmento del alma del mundo: “Sabemos que la psique es genéticamente anterior a la conciencia, que en el pensamiento zambraniano el sujeto nace del alma, y que la vigilia surge del dormir (en consonancia con el *a priori* antropológico: ‘el hombre duerme’” (p. 113). Es decir, nuestro origen está en el todo. Solo el desgarramiento metafísico, el pecado de la conciencia, engendra al sujeto y su más fiel atributo: el miedo.

La principal consecuencia de este desgarramiento primigenio es ética. Si el sujeto no es comienzo, sino derivación del alma (p. 121), ¿cómo puede ser responsable de sus actos? ¿Cómo puede empezar cualquier cosa quien no es dueño de su propio comienzo? Para responder a esto, Astey recurre a Ricoeur, quien inspirándose en Kant distingue entre comienzo *del* mundo y comienzo *en el* mundo. Así, la conciencia es comienzo *en el* mundo, aunque no *del* mundo, y con esto es posible una ética y responsabilidad moral que, de otro modo, sería impensable. La responsabilidad moral depende de la identidad del sujeto al que le atribuimos los actos. Ahora, como ya vimos, y como Ricoeur insiste, el relato es lo que otorga esa “identidad” y, en consecuencia, responsabilidad al sujeto, puesto que “la vida puede unificarse como relato” (p. 123). El argumento es claro: la responsabilidad moral depende de cómo definamos la identidad del sujeto responsable; la identidad nos la otorga el relato; el relato

depende de la memoria. El corolario, pues, es obvio: recordar es lo que nos convierte en seres éticos, y ser éticos nos obliga a recordar. El pensamiento de Zambrano, la filósofa del exilio, desemboca en una implícita loa al papel de la memoria histórica. Ahora bien, esa memoria hunde sus raíces en las conocidas lecturas que hace del orfismo, el pitagorismo y Platón, pues en Zambrano la trama no emerge ni estando despierto ni estando dormido, sino soñando. Quizás, cabría preguntarse si lo que nos hace humanamente éticos es, pues, nuestra capacidad para soñar y religarnos a la historia gracias al sueño. No me parece descabellada la hipótesis, ya que, como dice Astey: “En el paso del dormir al soñar el sujeto accede a un grado más activo de pasividad; ahora percibe contenidos noemáticos que brotan de la psique —y que se disponen como un ‘desfile de imágenes’— [...] el ‘desfile de imágenes’ pasa como un carrusel de noemas frente a una conciencia fija en el ahora” (pp. 124-125). Ese “cautiverio onírico” al que alude Astey es indicio, claramente, de la reappropriación del mito de la caverna platónico que hace la española: en Zambrano, el relato generado por el desfile de imágenes que percibimos al soñar nos otorga nuestra capacidad ética; en Platón, el iniciado alcanza el lugar de las formas y relatos verdaderos, y allí le es revelada la esencia del Bien.

La redención la hallaremos, dicen casi todas las religiones, en el papel propio del ser humano: el de *axis mundi*,<sup>6</sup> mediador entre cielo y tierra, pontífice entre espíritu y carne. Zambrano dirá que en la vigila el hombre media entre la luz y la sombra (entre la luz del sueño y la sombra del dormir). Es decir, la redención es el despertar, porque, como dice Blumenberg, “cada despertar es una resurrección”. Astey resume con precisión (p. 127): el sujeto dormido es un embrión que apenas esboza la intencionalidad; en sueños capta contenidos noemáticos que, sin embargo, no puede procesar como vivencias estándar, pero está en el absoluto presente, un presente sin pasado ni futuro; y por ello despierta, porque no puede pervivir en la muerte (p. 117).

Jesucristo, Mahoma, Buda, Pitágoras, Zalmoxis, Blancanieves, La Bella Durmiente... todos ellos viven un periodo de retiro temporal, de incubación, de iniciación, de letargo, de sueño, que los lleva finalmente al despertar.<sup>7</sup>

<sup>6</sup> Además del texto citado de Guénon, para el concepto del ser humano como *axis mundi* véanse, por ejemplo, Mircea Eliade, *Tratado de historia de las religiones*, 1972, México, Era, y Alfredo López Austin, *Tamoanchan y Tlalocan*, 1994, México, Fondo de Cultura Económica.

<sup>7</sup> Hablo de esto en “Las puertas de la percepción”, en *Opción*, núm. 180 (febrero de 2014), pp. 93-98. Sobre las prácticas de meditación entre los griegos destaca el trabajo de Peter Kingsley, *En los oscuros lugares del saber*, 2007, Girona, Atalanta.

Estamos condenados a discutir durante milenios cuál es la naturaleza de ese verdadero despertar (“lo mismo es vida y muerte, velar y dormir —dice Heráclito—, aquellas cosas se cambian en estas y estas en aquellas”). ¿Acaso abrir los ojos del sueño es el verdadero despertar? ¿Acaso adentrarse en las profundidades más negras de la cueva sin tiempo no es salir de la caverna de la ilusión? Y, no obstante, el iluminado regresa del viaje...

Epiménides duerme cincuenta años seguidos en la cueva de Zeus del monte Dicte, en Creta.<sup>8</sup> Al volver es capaz de profetizar el futuro. ¡Ha aniquilado el tiempo! Ha cumplido el cometido del santo: *Nacer desde el sueño*.

JAVIER MARTÍNEZ VILLARROYA  
Departamento Académico de Lenguas, ITAM

<sup>8</sup>Diog. Laerc. 1.109.